

Juventud de San Camilo

(De Daniel Santos M., *10 miradas sobre Camilo de Lellis, Sal Terrae, 2013*)

Formarse para desempeñar una profesión, salir los fines de semana, tener acceso a una vivienda, encontrar una pareja y dar el paso de irse a vivir con ella. Después de superar todos estos retos, el joven de hoy puede considerarse un adulto. Cualquier padre o madre se sentiría satisfecho y contento al ver a su hijo recorrer este camino. Naturalmente, este esquema no tiene porqué ser tan rígido: algunos imprevistos o pequeñas desviaciones del proyecto son de esperarse o, al menos, tolerables.

En la Italia de la segunda mitad del siglo XVI, en la época de San Camilo, también existían guiones para la juventud que los individuos debían de seguir, escogiendo siempre el correspondiente a su estrato social, pues aquella sociedad se mostraba sumamente clasista. Por ejemplo, en el caso de un joven de clase media, hijo de militar, el guión sería el siguiente: pasar los primeros años de su vida en el hogar familiar, acompañar a su padre en alguna campaña militar, participar por su cuenta en otras y recibir en recompensa algún lote más de tierra para que su mujer y sus hijos pudieran vivir desahogadamente. También entonces se admitían algunas “locuras de juventud”: visitar burdeles, tener alguna trifulca con los compañeros, gastar precipitadamente un botín...

Por supuesto, no todos los jóvenes, de hoy o de hace cuatro siglos, pueden encajar en estos esquemas. Algunos los abandonan en un momento dado, se salen voluntariamente del camino con afán de experimentar; otros se quedan en la cuneta porque no tienen las capacidades necesarias para recorrerlo.

Una de las razones para rechazar el molde es el desengaño. Tras una infancia feliz, el mundo y la sociedad aparecen idealizados y cuando despertamos al mundo de los adultos, el choque puede llegar a ser brutal, te defraudan hasta las personas a las que más quieres. Ya no crees en nada, quieres refugiarte en un pequeño mundo: la música, la relajación, una pequeña comunidad, la naturaleza, un pueblo o un grupo subversivo.

En otras ocasiones la razón para descarrilarse es la insatisfacción. El horizonte que se ve desde la ventana es pequeño y, sobre todo, siempre el mismo. La rutina termina por aburrir. Y entonces, pensamos: “tiene que haber algo más, algo que me haga sentir cosas nuevas, descubrir nuevos lugares, nuevas costumbres, temas nunca tratados y sensaciones jamás experimentadas”. No es raro que un joven insatisfecho haga cosas extrañas.

Existe además, el mundo de los enfermos, ya sean físicos o mentales. Nuestra sociedad no puede evitar que una porción importante de ellos nunca alcance el objetivo de la integración. En el caso de los jóvenes con enfermedad psíquica la barrera de la incompreensión es todavía más alta y en muchas ocasiones lleva a quien la sufre a ocultar sus problemas por vergüenza o miedo. Por último, debemos considerar a los jóvenes que se han equivocado o que han tenido algún problema que les ha impedido llevar el mismo ritmo de sus compañeros, quedando desconectados, sin tiempo ni oportunidades para remontar. Si tuviéramos que clasificar al joven San Camilo, únicamente en uno de estos grupos sería realmente difícil, pues su juventud fue, ante todo, cambiante. San Camilo fue un joven mediocre y convencional, desengañado, rechazado, marginal, enfermo (física y psíquicamente) y, finalmente, arrepentido.

Desde su nacimiento hasta que, a los 18 años, abandonará el pueblo en el que nació en 1550, nuestro santo no se diferenciaría mucho de sus compañeros.

No debemos buscar en él un talento innato, ni una sensibilidad especial, ni un compromiso temprano con los enfermos, ni una piedad prematura o algún rasgo de acción heroica. De él no tenemos datos importantes, simples noticias vagas recopiladas cuando, de adulto, creció la curiosidad por él. A los 15 años, cuando su madre ya hacía varios que había muerto, se preparaba para continuar el plan trazado por los adultos y que aceptó sin cuestionamientos. Así parte para alistarse en el ejército veneciano junto a su padre, un veterano y prestigiado militar. En el camino, una enfermedad les aqueja a ambos: el padre muere, al hijo le aparece una llaga en el empeine del pie derecho que no cerrará en toda su vida. El hecho de que en este momento solicitara el ingreso en la orden de los capuchinos es otra prueba de su carácter convencional, sin afán de complicación. En su época, la carrera eclesiástica era el plan B para los jóvenes de clase media. Además, la comunidad le arroparía en un momento en el que se sentía solo. Al comprobar que su vocación no era sincera, fue rechazado.

San Camilo, pues, no empezó a ser alguien especial, diferente al resto de los jóvenes de su época, por decisión propia, sino obligado por tres circunstancias: la soledad, la enfermedad y el rechazo. Si estas dificultades, o desgracias, no hubieran aparecido, es casi seguro que el día de hoy no estaríamos hablando de él. La soledad y la enfermedad lo llevan a Roma al hospital de San Giacomo (Santiago) de los Incurables. Sana casi completamente y vuelve a ser un joven “normal”; podrá dedicarse a lo que siempre se había esperado de él, y lo que él había querido sin plantearse otra posibilidad: Camilo volvía a la norma y se alistaba en el ejército. Fue el desengaño el que le apartó definitivamente de la milicia. En las escaramuzas en las que participó pudo asistir a las tropelías, despropósitos y violencia que cometía el ejército contra sus enemigos. Observó actos contra el enemigo de una deshumanización inadmisibles.

Al regresar a Italia el joven defraudado pasó a ser un joven marginal. Conoció los bajos fondos de las ciudades más populosas de su tiempo: Roma y Nápoles. En busca de algo que le llenara, cayó en el vicio (según lo veían en su época) o trastorno psicológico (como lo consideramos hoy) del juego. Como consecuencia esperada llegó a la mendicidad.

El joven Camilo forzado por las circunstancias o por propia voluntad, había abandonado los esquemas definitivamente. Ahora ya era un joven totalmente diferente al resto, alguien especial: era un pordiosero, ahogado por el remordimiento y por la vergüenza.

La conversión

Afortunadamente, existe para la juventud un guion del que todavía no hemos hablado: el de la conversión fulminante. Lo podemos encontrar en las biografías de muchos santos de todos los tiempos. En el caso de Camilo este esquema encaja a la perfección, pues, como sabemos, a los 25 años volviendo en burro del monasterio de San Giovanni Rotondo a Manfredonia (en donde trabajaba como albañil), sufrió una caída (fruto de una iluminación venida de lo alto), que actuó como su verdadera conversión. Al levantarse, no volvió a ser el mismo; a partir de entonces tenía todo el tiempo del mundo para suplir con buenas obras las consecuencias de los despropósitos de su azarosa juventud. San Camilo era una persona nueva, no importaba lo que hubiera hecho hasta entonces, tenía todo el tiempo por delante para arreglarlo, para reescribir su historia sin tener en cuenta los años ya transcurridos.

¿Una juventud por olvidar?

Hay hechos, sentimientos y actitudes de su juventud extraordinariamente particulares y que iluminan su vida como adulto. Los primeros fueron las vivencias en su hogar. La personalidad de su madre fue fuerte y de gran influencia para él: Camilo, niño y adolescente, contó con cariño y con un hogar cálido. Su trabajo en los hospitales de adulto se caracterizó por su trato maternal y por procurar brindar a los enfermos un ambiente hogareño. Su vida adulta no fue otra cosa que un regreso a la infancia, un intento de dar a los enfermos el calor que había sentido de su madre, y que tanto habría echado de menos al comprobar la frialdad de las instituciones. Por otra parte, la enfermedad en el joven Camilo fue vivida de una forma contradictoria. Como enfermo pudo experimentar cómo se podían sentir las personas hacinadas en catres, obligadas a confesarse, mal alimentadas y sucias. ¡Qué diferencia de lo que había recibido de su madre! Por otra parte, como enfermero (tras “curarse”, trabajó en el mismo hospital de San Giacomo) fue negligente, más preocupado por ganar dinero que por atender correctamente a los enfermos. Nadie mejor que él conocía hasta dónde llegaban los descuidos de quienes eran unos simples asalariados, que realizaban su labor sin amor. Posteriormente, en su trabajo en el hospital observamos también esta aparente contradicción. Con los enfermos se mostró totalmente diligente, cariñoso y atento. Con los enfermeros, por el contrario, es exigente e inflexible: no soportaba a los enfermeros que acudían al templo (el enfermo) sólo por un beneficio económico.

Otro aspecto imprescindible para entender su juventud es el alto sentido de la dignidad humana. Debemos volver a su paso por el ejército y recordar las barbaridades que observó que las tropas hacían con sus enemigos vencidos. Sus compañeros deseaban que también él participara en ellas, pues el mal compartido tranquiliza la conciencia y el hecho de que todos fueran cómplices aseguraba el silencio. No sería, pues, ninguna tontería que San Camilo se negara a tomar parte, y la única razón por la que lo hizo fue por respeto al ser humano, a su cuerpo, aunque perteneciera al enemigo.

Por último, tenemos que hablar del San Camilo juvenil que, para bien o para mal, amaba los excesos. En la Roma que pasaba al Barroco, Camilo se sentía cómodo. Frecuentó los actos organizados por San Felipe Neri, el encargado de reevangelizar la ciudad santa a través del humor, de la alegría y de la más moderna música. Pero también frecuentó las más sórdidas tabernas, los ambientes más corrompidos y más conflictivos, y en ellos destacó.

Así era Camilo, capaz de lo mejor y de lo peor. Ese carácter extremista en unos años le podría llevar a la ruina, como parece que sucedió en un primer momento. No obstante, cuando encontró en el cuidado a los enfermos un sentido para su vida, el gusto por el exceso se mostró como algo muy positivo. Quería cuidarlos lo mejor posible. No se conformó con regir un buen hospital, quería que fuera el mejor, es más, quería que los enfermos vivieran en su hospital mejor que en sus casas, que en los palacios de los nobles y de los cardenales, mejor que el papa: quiso convertir el hospital en el paraíso.